

LOS VIVOS Y LOS OTROS

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

LOS VIVOS Y LOS OTROS

Traducción de Claudia Solans



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Os vivos e os outros*

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición: noviembre de 2003

*Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas e pelo Camões,
Instituto da Cooperação e da Língua – Portugal*

Esta obra cuenta con el apoyo de la Dirección General del Libro,
Archivos y Bibliotecas y del Instituto Camões de Cooperación y Lenguaje de Portugal



**REPÚBLICA
PORTUGUESA**

CULTURA
DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS
DAS BIBLIOTECAS



© José Eduardo Agualusa, 2018 por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.
Nicole Witte. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Claudia Solans, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2º, 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra,
o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1164-8

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 18950-2023

Impreso en España

*Es así como todo comienza:
la noche rasgándose
en un enorme relámpago, y la isla
separándose del mundo.
Un tiempo que termina,
otro que comienza.
En aquel momento nadie
se dio cuenta de eso.*

Para Yara, que me regaló la Isla de Mozambique.

Primer día

«En el principio había chauta (dios) y la tierra inmóvil
un día un inmenso relámpago dibujó en los cielos
la lluvia que trajo a la tierra al hombre y a todos los animales».

Ana Mafalda Leite, «La leyenda de la creación»

1

El mar continúa colgado en la ventana de la sala como un cuadro un poco torcido, pero ya no es el mismo que Daniel Benchimol había encontrado al llegar a la isla, tres años atrás. Se sumergió en él innumerables veces. Conoce las corrientes y las mareas. Sabe dónde reposan las naves, los galeones, los *dhow*s y los veleros naufragados. Visitó las playas y las islas. Miró a las ballenas a los ojos y las vio partir.

Después de conocerlos íntimamente, los lugares comienzan a ser otros. El escritor lleva una silla junto a la ventana y se sienta a beber té helado frente a la luz. Moira todavía duerme, sosteniéndose con ambas manos el vientre dilatado. Tampoco es la misma mujer que él conoció una espléndida tarde de abril en la ancha terraza de un caserón colonial en Ciudad del Cabo.

La intimidad es el paraíso (y el infierno). Nos enamoramos de lo que todavía no conocemos. El amor es lo que le sucede a la pasión después de que se instale la intimidad. Esto, con suerte. Él, Daniel, había tenido suerte. Con Moira y su isla.

Se calza un par de zapatillas y sale al aire salado de la mañana. Corre a lo largo de la rua dos Combatentes, junto al murallón, y después por la playa hasta la iglesia de San Antonio, seguido por algunos chicos que lo alientan, «¡Fuerza, don

Daniel!», «¡Más rápido, don!». Da media vuelta y retorna. Moira lo espera en la cocina con la mesa puesta. Le tiende un vaso.

—Es zumo de nuestros limones. ¡Bebe!

Daniel lo hace. Toma una ducha rápida y vuelve con ella a la mesa.

—¿Ya han llegado todos nuestros escritores? —pregunta, mientras abre un mucate, pan hecho de harina de arroz y leche de coco, y lo unta con manteca de cacahuete—. Nos van a dar mucho trabajo.

—Va a ser divertido —contesta Moira—. Y no, todavía no han llegado todos. Tenemos un buen equipo. Va a ir bien.

Viste una túnica ancha que no consigue ocultar el vientre de nueve meses. Se ha escondido las rastas gruesas dentro de un turbante alto, rojo y amarillo, que le alarga el rostro.

—¿Cómo está la bebé?

—¡El bebé! Ahora está durmiendo.

—Es una niña. Estoy seguro. Se va a llamar Tetembua.

—Niño o niña, despídete de él ahora porque tengo que ir a trabajar.

Daniel la besa en el ombligo y después en los labios. Moira sale. Él entra en el despacho y se sienta frente al ordenador. Escribe durante media hora. El teléfono anuncia la entrada de un nuevo mensaje. Es de Uli Lima Levy:

«¿Qué vas a hacer esta mañana?».

«Estaba esperando a que te despertaras», responde el angoleño. «Voy a verte».

Uli había llegado a la isla el día anterior. Venía cansado después de una larga digresión por España, Francia y Alemania. Habían comido juntos en el Karibu, un restaurante de comida honesta, en palabras de Moira. Comida deshonesto, para ella, es toda la cocina industrial que utiliza vegetales tratados con pesticidas, gallinas de criadero y peces alimentados

en viveros. Comieron atún en salsa de jengibre, y después Daniel acompañó a su amigo hasta el hotel, el Villa Sands, donde estaban hospedadas otras dos escritoras, ambas angoleñas, Ofélia Eastermann y Luzia Valente.

2

Ofélia Eastermann se despierta con cuatro versos bailando en la cabeza:

Después de media noche, los viernes,
Ofélia cosía en el cielo el infinito.
Mientras tanto, la brisa fluía entre palmeras,
un río-rumor de espíritus.

Se levanta y los anota en un pequeño cuaderno de tapa roja, en el cual ha escrito en toscas letras negras: «Basura onírica».

Siempre que alguien le pregunta: «¿De dónde es usted?», Ofélia cierra los ojos y ve las ásperas mulolas* por las cuales, en la época de lluvias, corren súbitos ríos. Ve los lentos caminos de gravilla entre espinos, las carcacas herrumbradas de los navíos, los mabecos** levitando sobre las dunas. Ve a una mujer con la piel teñida de rojo-ocre, trenzas gruesas, sosteniendo a una niña en brazos. «Soy del Sur», responde. En otras ocasiones, pretendiendo impresionar a sus interlocutores, lo que ocurre mucho, elige una fórmula diferente: «Soy de todas las camas en las que fui feliz».

* En Angola, terreno anegadizo. (*N. de la T.*)

** Perro salvaje africano o licaón. (*N. de la T.*)

En cierta ocasión, durante una entrevista, se enojó con una pregunta del entrevistador: «Usted nació en el sur de Angola, creció en Lisboa y vive en Río de Janeiro. A fin de cuentas, ¿se siente más angoleña, portuguesa o brasileña?». Y, como la indignación es una especie de embriaguez, perdió la compostura y asustó al periodista con un grito que hoy figura en cientos de sitios literarios, buenos, malos y pésimos: «¡Yo soy de las palmeras, carajo! ¡Ni angoleña, ni brasileña, ni portuguesa! ¡Soy de ahí donde hay una palmera! Soy del mar y de los bosques y de las sabanas. Vengo de un mundo que todavía no llegó: sin Dios, sin reyes, sin fronteras y sin ejércitos».

Ofélia detesta la frase, pero no hay nada que pueda hacer para impedir que siga propagándose. Personas que nunca leyeron su poesía, y que jamás la leerán, comparten el desahogo lírico como conspiradores intercambiando señas y contraseñas. Su editora brasileña mandó hacer una camiseta con la frase «¡Yo soy de las palmeras, carajo!» y la puso a la venta en librerías y festivales literarios. Ofélia gana más con las camisetas que con los libros. Se levanta, mientras piensa en todo esto, y mira por la ventana. Ve llegar a Daniel, apurado, él siempre a mil, como si un perpetuo ventarrón lo empujase por la espalda. Uli Lima lo espera en una silla junto a la piscina. A diferencia del angoleño, emana una placidez natural, vive en estado de domingo. Los dos amigos se abrazan y, al verlos, la poeta piensa que le gustaría tener un amigo escritor. O una amiga. Una amiga le parece aún más improbable; siempre se le ha dado mejor con hombres que con mujeres. Siente la falta de alguien con quien intercambiar libros y opiniones, a quien mostrar versos imperfectos. Sabe lo que dicen de ella: que es arrogante, envidiosa, vanidosa y loca. Loca, todo bien. Loca no la ofende. Ser loco significa rebelarse contra la norma, y la norma es la corrupción, la lisonja, el servilismo. En cuanto a la vanidad,

tiene perfecta conciencia de lo que vale y no ve la necesidad de esconderlo; la modestia es la virtud posible de los mediocres. Tampoco soy arrogante, piensa, lo que soy es franca. Mucha gente confunde resolución con arrogancia. Envidiosa, sí, no puede evitarlo. La irrita el éxito de los imbéciles. Daniel, por ejemplo, era un periodista razonable. Se acuerda de haber leído un reportaje suyo, muy interesante, sobre una aldea que desapareció durante la guerra civil. Como a las personas les gustaba leer sus reportajes y le daban palmaditas en la espalda, «¡Felicitaciones, hermano, escribes muy bien!», el buen hombre se convenció de que podía ser escritor y publicó tres novelas ingenuas, casi infantiles y, sin embargo, intolerablemente pretenciosas. Vendieron muy bien. Eso no la había sorprendido. Las personas aprecian las novelitas simplonas disfrazadas de fábulas complejas: jirafas parlantes, misterios burlescos, lecciones de vida listas para servir. Uli la enerva todavía más, porque ése sí tiene un talento formidable, un sentido del ritmo, una facilidad prodigiosa para crear enredos. El tipo escribe sin esfuerzo. Triunfa sin sudar. Recuerda aquellos *cowboys* de los viejos wésterns que enfrentaban a quince bandidos dentro de un bar a golpe y patada y terminaban la pelea con el sombrero en la cabeza y sin una arruga en la camisa inmaculadamente blanca. Deberían haberle torcido el cuello al nacer. Encima es un hombre apuesto, encantador, con una voz baja y un poco ronca, capaz de transformar en carne palpitante el frío corazón de las rocas. Lo envidia, pero dormiría con él de buen grado.

Se mira al espejo. En los últimos años ha engordado quince kilos. Perdió la cintura. En compensación, los senos ganaron volumen. Se encuentra bonita. Tiene una cabellera abundante, desgreñada, que le da un aire feroz, y unos ojos grandes, brillantes como espejos. Sus ojos no han envejecido. Sigue

usándolos con éxito para atraer a los incautos. Sonríe para sí misma. Después, elige un vestido liviano, rojo sangre, se pinta los labios con un tono idéntico y baja al bar, junto a la piscina, en busca de un café que la devuelva a la vida.

3

La galería de arte del Hotel Villa Sands ocupa un edificio rectangular, pintado de blanco, frente al mercado de pescado. Se entra por una sala amplia, muy bien iluminada, en la que se exponen telas y fotografías, y a partir de ella se accede a un pequeño jardín interior. El bar queda ahí. Cornelia Oluokun, sentada a una mesa, bebe un café mientras usa el teléfono para intercambiar mensajes con su marido. Frente a la escritora nigeriana, de pie, mirándola perpleja, hay una niña. La pequeña ha seguido a Cornelia desde el hotel donde ésta se encuentra hospedada, el Terraço das Quitandas. El cabello, muy blanco, crespo y alto, le flota como una nube blanda sobre su cabeza. Si alguien entrara en ese instante y las viera así, una frente a otra, la nigeriana vestida con una amplia túnica en tonos de azul, la niña con un vestidito blanco, pensaría que se trata de una instalación artística. «La diosa y su ángel» sería un título posible.

«No sé por qué he venido», escribe Cornelia. «El avión todavía no había aterrizado y yo ya estaba arrepentida».

«Siempre dices eso», le contesta Pierre. «Tu presencia es importante. Nos pasamos el tiempo quejándonos de que hay pocos festivales literarios en África. Tenemos que apoyar a los que aparezcan. Además, estuve mirando fotografías de la Isla de Mozambique. Caserones coloniales, playas maravillosas. La historia y la naturaleza juntas en un mismo espacio. Acuérdate de Zanzíbar. Debería haber ido contigo».

«No. Soy yo la que debería haberse quedado contigo, escribiendo».

«Me dijiste que ibas porque este viaje, al arrancarte de tu zona de confort, tal vez te devolviera a la escritura. ¿Te acuerdas?».

«Pésima idea. Quiero salir de aquí».

«Pero ¿por qué?».

«La mitad de esta ciudad está en ruinas. La otra mitad es un barrio de lata».

«¿Y entonces?».

«Una niña albina me sigue a todos lados, como un cachorrito».

«¿En serio?».

Cornelia fotografía a la niña y envía la imagen.

«¿Pensabas que era una alucinación?»

«¡Qué bonita, ella! Todavía creo que es una alucinación».

«Las alucinaciones no se dejan fotografiar».

«La mayoría, no. Pero tú tienes alucinaciones muy sólidas. Ésta la encuentro maravillosa. ¿No estás en un bar? Ofrécele un cruasán».

«¿Crees que aquí, en este agujero, hacen cruasanes?».

«Entonces, una tostada. Algo. ¿Cómo se llama?».

«¡Qué sé yo cómo se llama!».

«Pregúntale cómo se llama».

«No hablo portugués».

«Pregunta en inglés. Aunque no hable la lengua, lo entenderá».

Cornelia deja el teléfono y se encara con la niña.

—¿Cómo te llamas?

La niña sacude la cabeza, haciendo que la esplendorosa nube que la corona se agite levemente.

—Ainur —murmura.

Cornelia vuelve a agarrar el teléfono. Escribe:

«Se llama Ainur».

«Ahora pide algo para que coma».

La niña se da la vuelta y sale corriendo.

«Ha huido», escribe Cornelia. «Los niños me tienen miedo».

«En la fotografía no parece asustada. Parece fascinada. Yo tenía esa misma mirada cuando te vi por primera vez».

«No huiste cuando te pregunté tu nombre».

«Estaba maravillado. Estaba aterrorizado. Quería huir, pero me era imposible. Si no recuerdo mal, había ochocientas personas frente a nosotros, y todas ellas estaban allí por ti».

«¡Ah! ¡Ah! Sólo tú para hacerme reír».

«Es mi oficio y mi destino. Vivo para hacerte sonreír. No te olvides de que soy tu iluminador oficial».

Cornelia Oluokun dibuja una sonrisa genuina. Le hace una seña a la empleada, una muchacha delgada, tímida, que se acerca con pasos lentos. Le pide otro café y un cruasán. Sí, venden cruasanes allí. Y no son nada malos.

4

Más que los viejos muebles indo-portugueses traídos de Goa siglos atrás, lo que le encanta a Jude D'Souza es la luz. El aire que la sustenta le parece muy anterior a los venerables sillones, a los confidentes, mesas y escritorios que llenan los amplios salones del antiguo Palacio de los Capitanes Generales. El suave esplendor que dora el piso y endulza los ángulos de los muebles debe de estar almacenado allí desde que construyeron el edificio en 1610 para servir de colegio a la Compañía de Jesús. Anota los datos en el teléfono mientras escucha al guía, un joven curioso que habla un inglés razonable y se

muestra interesado en saber qué viene a hacer un nigeriano –el primero que conoce– a la isla.

Jude le pregunta si lo puede fotografiar junto a una de las ventanas, mirando hacia el mar, con el bello rostro de trazos árabes refulgiendo en el fulgor antiguo. El joven se ríe (se llama Juma) y se pone en pose, hundiendo el abdomen y ensanchando el pecho. El escritor saca la Leica de la mochila y aprieta el obturador tres veces. «¡Ok!», dice y, cuando Juma se relaja, captura de nuevo. Después fotografía un escritorio. Envía las dos fotografías al iPhone y las sube a Instagram. «Juma, guía del Museo de la Isla de Mozambique, mostrándome la luz de un tiempo muerto», es la leyenda de la primera fotografía. Bajo la segunda, escribe: «Si tuviera un escritorio como éste, seguramente escribiría más. Seguramente escribiría mejor».

Al salir del Museo de la Isla de Mozambique, una hora más tarde, no se resiste a abrir Instagram. Cada una de las fotos ya tiene más de tres mil *likes* y centenares de comentarios.

5

–Me voy a zambullir –anuncia Luzia mientras se quita la falda y la blusa. Se saca las sandalias y, en bikini, se sienta y sumerge los pies en la quieta oscuridad de las aguas. Ofélia suelta los tirantes del vestido y se levanta, dejando que éste se le deslice hasta los pies. No lleva corpiño. Se arrodilla en la tarima de madera, al lado de la joven.

–Y entonces, niña, ¿vamos?

–Estoy juntando coraje.

–Por mí puedes tirarte –dice Daniel–. Pero, si cae un rayo en el agua, es muy probable que mueras electrocutada.

—En eso Daniel tiene razón —concuerta Uli—. No pensé que ibais a querer nadar cuando organicé la tormenta.

Luzia saca los pies del agua. Se levanta.

—Sois unos aburridos —dice, fingiéndose irritada.

Ofélia se zambulle. Nada en dirección a la tempestad.

Abdul trabaja desde hace cinco años en el bar del Hotel Villa Sands. Ha visto muchas mujeres desvestirse en la tarima, al lado de la piscina. Algunas se quedan sólo con los senos desnudos. Otras se sacan toda la ropa y se tienden en las tumbonas, la piel húmeda y muy blanca, como leche. Jan lo había prevenido: «Si alguna mujer se desviste, no te quedes parado como una lechuza, con los ojos fijos en su cuerpo. Haz que parezca que no pasa nada. En Europa nos gusta desvestirnos, no sólo en las saunas, sino también en las playas y en los parques, siempre que tenemos un poco de sol». Abdul hacía un esfuerzo enorme para no mirar el trasero fulgurante de las europeas. Como le explicó esa misma mañana, mientras desayunaban, a su abuela, doña Cinema, aquel no era un empleo fácil.

La oscuridad se abre en un súbito resplandor silencioso.

Uli sonrío a Luzia.

—No es para vanagloriarme, pero la noche está de veras bonita.

El mar continúa liso. La piscina más grande del mundo, en palabras de Luzia. Y luego otro relámpago, y otro y otro, sin que el retumbar de los truenos los alcance.

—Tuviste mucho trabajo —bromea Daniel.

Después se calla. Se callan los tres, mientras acompañan con la mirada la sombra de Ofélia, recortada contra el brillo negro del agua, y que ahora regresa junto a ellos en elegantes brazadas.

—¡Esta mujer tiene coraje! —comenta Daniel.

Luzia lo mira con furia.

—¿Porque nada con relámpagos o porque es demasiado vieja para mostrar los pechos?

—No es vieja —se defiende Daniel—. Hace falta ser muy joven para nadar con relámpagos.

—Y para mostrar los pechos —agrega Uli—. En cuanto a mí, soy viejísimo. No entro en el mar en ninguna circunstancia, haya lluvia o sol.

—Nunca he comprendido eso —dice Daniel—. ¿Por qué le tienes tanto miedo al mar?

Uli tiene una pesadilla recurrente: se ve a sí mismo cayendo muerto en el mar. Nunca se lo ha contado a nadie. Tampoco ahora lo cuenta. Apunta hacia Ofélia, que sube la rampa sacudiéndose el agua del cabello. Abdul la espera con una toalla, los ojos puestos en el suelo. La poeta sonrío.

—Puedes mirarme, Abdul.

Abdul no la mira. Ella se envuelve el tronco con la toalla, por encima del pecho, y regresa junto a los otros escritores. Comienza a llover. Ofélia recuerda los versos con los que se ha despertado. Piensa en su abuela abrazándola, siente su olor a tierra mojada, a pasto verde, a frutos silvestres. Habla en voz alta, pero es como si fuera sólo para ella:

—Todo lo que es líquido me llama.

—Ofélia es poeta a tiempo completo —dice Daniel.

—Si no fuera a tiempo completo, nadie llegaría a poeta —contesta Luzia adelantándose a Ofélia—. Ser poeta no es un oficio, es una condición.

Luzia se distingue de los otros por su juventud. Aun así, no se muestra intimidada. Creció en una casa frecuentada por artistas y escritores, amigos del padre, Camilo Valente, él mismo un poeta con media docena de libros publicados durante los agitados años de la revolución angoleña. Había sido minis-

tro del Interior, y ahora era diputado del partido en el poder y profesor de Historia de África en la Universidad Agostinho Neto.

Ofélia sonríe como una madre aprobando a la hija adolescente. Para ella, ser poeta es como nacer con un sentido de más: el del asombro.

–Todos los poemas son una cartografía del asombro.

–Yo escribo para apaciguar el dolor –murmura Luzia.

–Hablas como los escritores portugueses –bromea Daniel–. Los portugueses escriben porque sufren, y sufren mientras escriben. Es una especie de ciclo doloroso.

Uli se ríe.

–De portugués y de loco, todos tenemos un poco.

–Yo soy sólo loca –asegura Ofélia–. No tengo ni un hueso portugués.

–«No tengo ni un hueso portugués» –declama Luzia con voz grave–. «Excepto el de este oficio de poeta».

Uli reconoce los versos:

–Pedro Calunga Nzagi. El gran misterio de la literatura angoleña...

–El padre de todos nosotros –dice Ofélia.

–Incluso mío –reconoce Uli–. Murió, ¿no?

–¡No murió! –asegura Luzia–. Desapareció.

–¿Cómo es que desaparece un fantasma? –pregunta Uli en tono burlón–. ¿Alguien lo vio alguna vez?

–Alguien, sí –asegura Daniel–. Yo escribí un reportaje sobre él.

–Tiene sentido –dice Uli–. A fin de cuentas, te hiciste conocido por escribir sobre desaparecidos y desapariciones.

Daniel cuenta cómo fue. En 1998, el jurado del Premio Nacional de Literatura, en una decisión valiente, según algunos, y extremadamente irresponsable, en opinión de otros,

decidió atribuir el galardón a Pedro Calunga Nzagi. Se vivían tiempos duros. La guerra se eternizaba. El régimen fingía haberse democratizado, confraternizando con diputados de los partidos de la oposición en un parlamento de fachada, al mismo tiempo que perseguía a los periodistas más impertinentes. Pedro Nzagi había publicado su primer libro de poemas, *¡Insurgencia!*, en 1965, en una pequeña editorial luandesa. El libro había sido secuestrado de inmediato por la policía portuguesa. Con todo, se salvó media docena de ejemplares, de los cuales se hicieron algunos centenares de copias que circularon durante años de mano en mano. Los versos de Nzagi se leían en reuniones clandestinas. Algunos fueron musicalizados. En 1973, en una editorial portuguesa, apareció un nuevo título con el nombre de Pedro Calunga Nzagi: *Incendio provocado*. El libro consiguió evadir la censura y ganó uno de los premios literarios más importantes de Portugal. Su autor, sin embargo, no compareció a la entrega de premios, ni concedió ninguna entrevista. Cinco años después de la independencia, se publicó, también en Lisboa, una tercera colección de poemas: *No era esto lo que estaba acordado*. Este libro provocó gran controversia en Angola. Nzagi condenaba el nuevo régimen marxista con versos ácidos e irónicos y, al mismo tiempo, profundamente líricos. Escritores cercanos al régimen, que lo habían adulado en la época colonial, se apresuraron a condenarlo, acusándolo de defender ideas reaccionarias y neocolonialistas. Al adjudicarle el Premio Nacional de Literatura en 1998, el jurado, constituido por cinco jóvenes escritores, entre los cuales estaba Ofélia Eastermann, sabía que estaba provocando al ala más conservadora del régimen. Al día siguiente, el Ministerio de Cultura emitió un comunicado, seco y áspero, retirando el premio a Nzagi y nombrando un nuevo jurado. Daniel Benchimol se dio cuenta de que tenía un buen

pretexto para investigar la vida y el paradero del misterioso escritor. Conversó con el editor de *¡Insurgencia!*, Mário Melo, un viejo masón benguelense, quien afirmó acordarse muy bien del joven poeta que cierta tarde había golpeado a su puerta con un manuscrito bajo el brazo: «Era un tipo alto, sólido, bien parecido. Quedé impresionado por su mirada directa, firme, y aún más me impresionó la seguridad con la que discutía sobre cualquier asunto. En aquella época no debía de tener más de veinticinco años, pero hablaba como alguien que había vivido ochenta. Trataba a la vida de tú. Estuve de acuerdo en publicar el libro sin ni siquiera leerlo. Perdí dinero, claro, porque la policía recogió y destruyó la mayor parte de los ejemplares que imprimimos, pero nunca me arrepentí». Daniel conversó después con el editor portugués. También él se acordaba del poeta angoleño: «Un sujeto bajito, delgadito, apagadito, que me entregó los originales como si estuviera pidiéndome disculpas. Yo ya lo conocía, naturalmente. Había leído *¡Insurgencia!*, un libro mítico, y enseguida le dije que sí». El periodista conversó además con tres escritores que afirmaban haber conocido a Nzagi en diferentes lugares y circunstancias. Uno de ellos describió al poeta como un médico de Moçâmedes, blanco, llamado Alberico da Fonseca. Otro se rio del retrato del primero: «Nzagi era negro. Negro como yo. Fue profesor de Matemáticas en el Liceo de Huambo. Murió hace cinco años». El último escritor, Rufino Pereira dos Santos, había integrado el jurado del Premio Nacional de Literatura en 1998. Contó que Nzagi lo había buscado, en plena polémica derivada de la atribución del premio, para agradecerle el gesto y confiarle el manuscrito de una novela titulada *Los tres leones*. Era, en palabras de Pereira dos Santos, un mulato elegante y de pocas palabras. Santos había creado una minúscula editorial, la Soyo, que venía pu-

blicando libros casi artesanales, muy bonitos. Quedó encantado por poder publicar por primera vez *Los tres leones*, libro que ganaría varios premios en Portugal, en Brasil y en Francia. Su autor no compareció ni en los lanzamientos ni para recibir los premios. No se le conoce una sola entrevista. Nunca ningún periódico publicó una imagen suya. Daniel está convencido de que Pedro Calunga Nzagi es un pseudónimo literario, y de que el hombre que lo utiliza recurrió a otras personas para entregar los originales a los editores.

Esperan el postre cuando aparece Jan. Trae los cabellos mojados caídos sobre la frente, la camisa empapada.

—Fui con la bicicleta. La lluvia me sorprendió junto a la fortaleza. Si estuviera en Suecia, tendría que cambiarme de ropa. Aquí no vale la pena; sea como sea, estoy siempre mojado, cuando no es por la lluvia es por el calor. Pero no me quejo, me gusta. Díganme, ¿cómo está yendo el festival?

—Los debates y conferencias empiezan mañana —explica Daniel—. La mayor parte de los escritores ya ha llegado. Todo tranquilo. Apenas uno que otro pequeño susto, uno que otro escritor un poco más difícil.

—¡Nosotros, no! —grita Luzia—. Nosotros somos los fáciles.

—Yo, mientras pueda comer todas las noches vuestro tiramisú, estoy feliz, no causo problemas —asegura Uli.

—La única persona que se quejó de nuestro tiramisú fue la escritora nigeriana —revela Jan.

—Exactamente —dice Ofélia—. Creo que Daniel se refería a ella cuando hablaba de escritores difíciles.

—Ni confirmo ni desmiento. A propósito, necesito hablar con ella. Lamentablemente, no tengo red. ¿Ustedes tienen?

Nadie tiene.

—Internet tampoco funciona —dice Jan—. Tiene que ser por la tormenta.

—Entonces, ¿estamos aislados? —pregunta Luzia—. ¿Estamos verdaderamente en una isla?

6

Es así como todo comienza: la noche rasgándose en un enorme relámpago y la isla separándose del mundo. Un tiempo que termina, otro que comienza. En aquel momento, nadie se dio cuenta de eso.

Segundo día

«—¿Qué es el fuego, António? —preguntó Margarida.
Y ella misma respondió—: Movimiento.
—¿Movimiento? —se sorprendió António.
—Sí. El infierno, por el contrario, a ella le parecía una
condición estática. Una apatía. El tedio absoluto.
Antes del Big Bang, incluso antes del Verbo. Pero después
surgió la materia en movimiento, surgió el
tiempo, y el infierno desapareció para siempre».

Daniel Benchimol, *Breve historia del fuego*

1

Daniel camina por una ciudad en ruinas, los pies desnudos hundiéndose en el barro, las manos lastimándose en los pastos afilados, más altos que un hombre. A su lado, un soldado apunta hacia la torre de una antigua iglesia que todavía se yergue con esfuerzo, perforada por las balas, y dice: «Allí vive una serpiente voladora». La serpiente agujerea el aire, silbando como un obús, atraviesa un bosque de árboles que sangran y lloran y se lamentan, y entonces Daniel abre los ojos, asustado, y ve una pequeña luz entrando por la claraboya.

Aparta la sábana empapada en sudor. Nadie cree en viajes en el tiempo, piensa, y, sin embargo, hace un instante él estaba en Bailundo, en 1996, durante la guerra civil, y ahora se encuentra en 2019, en otro país, a tres mil quinientos kilómetros de distancia.

El aire acondicionado había dejado de funcionar. La lámpara no se encendía. Se acordó de por qué no pensaba volver a vivir en Luanda. Se había cansado de enfrentarse a la ineficiencia de los servicios públicos. Cuando había luz, faltaba el agua. Cuando había agua, la luz desaparecía. Eso, en los días buenos. En los malos, ni agua ni luz. La basura en las calles. El ruido de los generadores estremeciendo las paredes.